

DESAGRAVIO Y NECESIDAD DE JOVELLANOS

Ha ocurrido a lo largo de la intrahistoria de 2011 un fenómeno bien extraño que merece tanto una explicación como un reparo. El 28 de noviembre pasado se cumplieron –con gran sigilo– doscientos años de la muerte de Jovellanos, y salvo un modesto homenaje en su patria chica y algún que otro artículo aquí y allá, la efeméride ha pasado bien desapercibida para nuestra esfera política y oficial. La triste verdad es que entre tanta algarabía, de y sobre Jovellanos no se ha hablado para nada¹, lo que resulta impensable en otros países más serios, caso de cumplirse un bicentenario de un “grande hombre” como el que nos ocupa. Y no digamos ya del silenciamiento institucional por parte del Gobierno entonces vigente: como si nuestro estadista gijonés nunca hubiera existido –o su mera existencia molestase–, lo que revela el “estado de error” en que nos hallamos y que nos impide *estar a lo que hay que estar*. Algo desgraciadamente muy propio del último septenio de nuestra Historia, cuya imagen más contraria, su contraparte, sería precisamente el mismo Jovellanos en su dimensión humana, política e intelectual, cuyo luminoso retrato actuaría

Ignacio García de Leániz Caprile es profesor y consultor de Recursos Humanos en la Universidad de Alcalá de Henares y articulista en diversos medios.

¹ Con mucha razón observaba ya Ortega que en España es más importante aquello de *lo que no se habla* que aquello de lo que se dice. He aquí un buen ejemplo ilustrativo.

como un espejo difícilmente soportable para nuestra anterior gobernanza. Y de paso nos indicaría, me temo, la causa de tal censura olvidadiza: el resentimiento, que tantas cosas explica y que solemos no tener en cuenta.

Fue Scheler quién descubrió ya en 1912 que, en cuanto mecanismo psíquico de represión, el resentimiento llevaba a postergar aquellos valores o personas “valiosas” que dejarían a la conciencia resentida en “franca evidencia”. Por eso mismo, conduce de suyo a una genuina falsificación de la imagen del mundo –y de la Historia– rebajando lo más estimable y ejemplar que hay en ella. De ahí que para ejercer el resentimiento se requiera una actitud especial en la “comparación valorativa” de uno mismo con los demás, mediante:

“cierto *engaño estimativo* que es específico del *resentimiento*. Esa conciencia de la superioridad o de la igualdad que el ‘hombre vulgar’ busca para resolver la tensión es alcanzada o bien *rebajando* engañosamente las cualidades valiosas del objeto de la comparación o bien ‘cegándose’ el que compara ante esas cualidades. Y en segunda instancia –y en esto consiste la obra capital del resentimiento– mediante la *mistificación* y *falseamiento* de los valores mismos”. (Scheler, 1998, p. 34)

Jovellanos era todo lo contrario de un hombre vulgar, y su siglo, no por casualidad, el más próspero, pacífico y de mejor gobierno de nuestra historia. De donde resultaría que el nivel de excelencia de nuestro personaje actuaría como imagen de un *súper-yo* ante el cual el *yo* entablase aquella batalla defensiva que describe la famosa metáfora militar de Freud. Nuestro personaje vendría a ser entonces una suerte de conciencia de exigencias morales y responsabilidades políticas frente a las cuales se *resiente* en su bicentenario un poder falto tanto de estilo como de competencia, pasando a poner en marcha los procedimientos de negación con silenciamiento y olvido oficiales.

El *lapsus memoriae* acontecido se convertiría así en este caso en una variante más de aquellas técnicas de envilecimiento (*techniques d’avihissement*) que denunciaba Gabriel Marcel, y que tanto venimos padeciendo en nuestra comprensión de lo mejor de nosotros mismos. Irónicamente, el mismo resentimiento que le llevará al castillo de Bellver durante casi seis años, será siglos más tarde el que lo arrumbará de nuestra memoria: pocas veces será más certera aquella máxima azoriniana de que vivir es “ver volver”.

Así las cosas, cabe preguntarse con más detalle qué aspecto de Jovellanos ha suscitado en el pasado 2011 una repulsión tal –inconsciente en algunos, bien consciente en otros– hasta el punto de orillar su conmemoración y hacer de menos, por el mismo precio, a nuestro siglo luminoso. Creo que podemos hallar la respuesta entre los informes, memoriales y legajos varios que pueblan el *secrétaire* de trabajo bajo la atenta mirada de Minerva, según el retrato de él que Goya pinta con técnica sutilísima al servicio de su predilección por nuestro personaje. Habría, según ello, dos cualidades de nuestro ministro de Gracia y Justicia que el cuadro resalta y cuya recordación sería difícilmente soportable para algunos: el *ethos* propio de Jovellanos y su asombrosa eficacia profesional filiada en su racionalidad política.

LA DIMENSIÓN MORAL DE JOVELLANOS

No se entiende nada de la vida y obra de Jovellanos sin atender primero a su *ethos*, de donde emana el resto de los valores que conforman su pensamiento y acción. La simple lectura de sus *Diarios*² nos revela aquí y allá su textura moral que sintetiza la aguda descripción que de él hace su buen amigo Ceán Bermúdez:

“Era religioso sin afectación, ingenuo y sencillo, amante de la verdad, del orden y de la justicia; firme en sus resoluciones, pero siempre suave y benigno con los desvalidos; constante en la amistad, agradecido a sus bienhechores, incansable en el estudio y duro y fuerte para el trabajo”. (Ceán Bermúdez, 1820, p. 10)

Y sin embargo, esa voluntad de ser moralmente bueno le impide a Jovellanos caer en la complacencia moral³ –tan característica de nuestras dos úl-

² No sería mala cosa a la vista de la regeneración necesaria, que en el plan de formación de los cuadros de algún partido fuese preceptiva la lectura y comentario de los *Diarios* en la inteligente selección de textos escogidos por Julián Marías en pequeño volumen. Claro que para ello habría que reeditarlos, agotado como está en Alianza Editorial.

³ Compárese esta actitud de incertidumbre moral propia del hombre volcado al mundo del valor con el “fariseísmo moral” (delectación y seguridad en la propia bondad) vigente en el Partido Socialista y sus dramáticas consecuencias en la praxis política del último septenio. En Jovellanos, en cambio, los valores morales aparecen, por decirlo con palabras del mismo Scheler, “a la espalda de su actitud y su acción”.

timas legislaturas– o en el orteguiano “falso hombre ejemplar”, como se desprende también de los mismos *Diarios*. Veamos, si no, cómo recibe la noticia de su nombramiento como ministro por parte de Godoy, que constituye todo un tratado de desconfianza del yo y de temeroso respeto por la función política ante el riesgo de no estar a la altura moral de sus exigencias:

“El administrador de Correos entrega un pliego con el nombramiento del Ministerio de Gracia y Justicia. ¡Adiós, felicidad; adiós quietud para siempre! Empieza la bulla, la venida de amigos, y la de los que quieren parecerlo; gritos, abrazos, mientras yo, abatido, voy a entrar en una carrera difícil, turbulenta, peligrosa (...). Haré el bien, evitaré el mal que pueda idichoso yo si vuelvo inocente! Dichoso si conservo el amor y opinión del público que pude ganar en la vida oscura y privada.” (Jovellanos, 1967, pp. 254-55)

Claro que aquello era posible, porque desde Felipe V hasta Carlos III⁴ –desaparecida la figura del valido, a favor de una bien distinta y exigente como es la del secretario– se da una feliz circunstancia que explica los grandes avances de nuestro siglo XVIII y la superación de la gran crisis de fines de la centuria anterior: la selección de los mejores, en función de un *cursus honorum* riguroso que combina el plano aptitudinal con el actitudinal, dando lugar a una minoría burocrática eficaz y transformadora, como tan bien puso de relieve Julián Marías⁵. No se le ocultará al lector el contraste que ofrece el currículum de Jovellanos⁶ –dentro de una pléyade de gobernantes de la talla de Patiño, Campillo, Carvajal, Ensenada, Floridablanca y Aranda– con la vacuidad curricular y su falsificación por parte de nuestras élites recientes.

Pero tal estatura moral arraigada en las cuatro grandes virtudes aristotélicas –prudencia, justicia, fortaleza y templanza– resultarán ciertamente

⁴ Repárese en que la recién creada Orden de Carlos III, llevará precisamente como divisa *pro virtute et merito*.

⁵ Todo ello supone una paradigmática Gestión del Talento *avant la lettre* con aplicaciones muy útiles para su uso en las organizaciones empresariales, tan preocupadas hoy al respecto.

⁶ Tras su paso por las universidades de Oviedo, Alcalá y Ávila, en 1768 es nombrado magistrado en Sevilla. En 1778 pasa a ser en Madrid alcalde de casa y corte. En 1794 funda el Instituto de Mineralogía y Náutica, para ser designado ministro de Gracia y Justicia en 1797. Domina con fluidez el francés y el inglés, lo que le permite una labor traductora, lectora y de corresponsalías de gran utilidad. Se comprende así mejor el acto fallido del olvido institucional en el bicentenario.

incómodas en el ocaso de nuestra Ilustración cuando se apagan las luces y la meritocracia de Carlos III, y acceden al poder –con el trauma por medio de la Revolución Francesa, que tantas cosas explica– figuras de menor valía como Godoy, Carlos IV y su esposa y, sobre todos, Caballero. Así, anota Jovellanos a propósito de la irresistible ascensión del conde de Lerena, ministro de Hacienda, estas airadas palabras que podríamos aplicar al prototipo de los hombres públicos de nuestro último septenio:

“Hombre no solo iliterato, sino falto de toda clase de instrucción y conocimientos en todos los ramos, y aún de toda civilidad, sin que los altos empleos en que se halló pudiesen cultivar la grosera rudeza de sus principios (...) Habiendo logrado un Ministerio pacífico, fue el más dispendioso del siglo, y *en él creció considerablemente la deuda pública.*” (*Ibíd.*, pp. 69-70)

El ministro había reunido además una fortuna de seis millones de reales. Pocos textos de nuestro pasado tienen para nuestra desgracia tanta vigencia como este: dejo al lector que ponga cara y nombre a los *lerenas* que nos han legado este erial como si nuestro país no fuera sino un reino de disvalores en el que la moneda mala hubiera expulsado a la buena: tal que con Jovellanos y sus destierros, y que tanto ha abajado la imagen política y económica de España en su proyección exterior.

Por otra parte, la defensa del bien común y de la justicia social –ahí está su memorable *Informe sobre la ley agraria*– le granjearán enemigos varios, pero así era el *ethos* innegociable de nuestro hombre. Ante su prisión en Mallorca, se pregunta con esa resignación estoica que tanto admiraba en Fray Luis de León, acompañada de la candidez de quien no ha tenido como lectura favorita a Maquiavelo:

“¿Quién podrá parar los golpes que la calumnia y la envidia dan en la oscuridad?” (Fernández Álvarez, 2001, p. 222)

Y sin embargo, su fortaleza y diligencia le impiden caer en la abulia, y en la soledad presa de Bellver escribirá una de sus obras más esclarecedoras: la *Memoria de educación pública*, cuya simple consideración varios errores nos hubiera evitado de un tiempo a esta parte. Esta asombrosa laboriosidad contrasta, a poco que reparemos en ello, con la reciente indolencia sufrida en el Gobierno de nuestro país y que esclarece muchas

cosas. Por eso, con mucha razón, Julián Marías solía achacar a la simple pereza fenómenos aparentemente inexplicables de nuestras biografías personales e históricas.

La *vita honesta et virtuosa* de nuestro literato, intelectual, magistrado y hombre de estado dará como legado una vida profesional de una fecundidad y aprovechamiento formidables para el perfeccionamiento de la administración española en el gran proyecto nacional que fue la Ilustración española, tan semejante, por otro lado, al que demanda el grave estado actual de la nación.

RACIONALIDAD POLÍTICA Y EFICACIA PROFESIONAL EN JOVELLANOS

Para nuestro prohombre, ilustrado al fin y al cabo, la razón en su doble vertiente teórica y práctica, se convierte en la guía segura de la acción política. Reparemos en que más allá del Rin, Kant está estableciendo que el conocer es, a la postre, construir la realidad⁷, siendo el sujeto quien determina a los objetos y no al contrario. De ahí le viene a Jovellanos su concepción de la política como mejoramiento y transformación. Pero de su formación académica en la filosofía aristotélica recibe también un gran respeto por la realidad extramental, eso que más tarde Maeztu llamará “la primacía de las cosas” y Ortega, en pequeña variante, el “estar a las cosas”. Y en la feliz síntesis entre idealismo y realismo radicará el gran secreto de Jovellanos: encontrar siempre la distancia exacta –ni por exceso ni por defecto– ante lo real, como Ortega tratará siglo y medio después en *El tema de nuestro tiempo*.

Hay en nuestro personaje en grado eminente aquello que tanto nos cuesta a los españoles y que da cuenta de varios de nuestros desvaríos histórico-políticos: saber comprender y atenerse a la verdadera textura de cada cosa. Y ello lo logra merced a una razón científica amiga del método

⁷ De ahí la importancia que tendrá en la nueva comprensión kantiana de la política la facultad de imaginar. Hannah Arendt ha visto muy agudamente cómo la nueva praxis política descansará en el hombre entendido como *fabricator mundi*, creador de nuevos universos que puede deshacer malas construcciones.

y la eficacia, pregnada a su vez de un *amor intellectualis* que mira cordialmente al objeto o fenómeno entorno. Por eso es tan actual –y tan necesario– Jovellanos⁸. Por eso viaja de continuo y con gran esfuerzo en aquellas diligencias y posadas dieciochescas: León, Asturias, Sevilla, Aragón, Santander, Cataluña, Castilla, Galicia... Ciudades grandes y pueblos pequeños, ninguno escapa a su mirada ilustrada. La política nace, pues, según nuestro hombre, a pie de tierra, pegada a las cosas, pero a su vez buscando lo mejor de sus potencialidades.

Y surge así de cada periplo un informe de mejora o un plan de acción concreto, que hace del enfoque de trabajo de Jovellanos un modelo que anticipa la moderna Gestión de Proyectos, con su metodología precisa de planificación, diseño e implantación⁹, cuyo mejor ejemplo es la puesta en marcha del Real Instituto de Náutica y Mineralogía. Su divisa no puede compendiar mejor el equilibrio entre teoría (visión) y praxis (transformación) que venimos comentando: *Quid verum, quid utile*.

Gracias a todo ello será capaz de describir con minuciosidad ingenieril llena de admiración tanto el matadero de Bilbao, por ejemplo, como la fábrica de anclas de Marrón, al pie del Asón, durante su viaje por el norte en 1797:

“A ver la gran fábrica de anclas; se fabrican de ochenta y tres quintales y de ahí abajo; se emplea el carbón de leña, solo para unir los tochos; para lo demás de piedra (...). Es admirable la facilidad con que se fabrican las anclas: manejada la pieza de hierro por medio de una cadena que la sostiene sobre una especie de cigüeñal, catorce hombres golpean incesantemente sin tropezarse ni perder su vez, exactamente medido el tiempo de los trece golpes, con el que necesita cada uno para levantar y enarbolar su mazo y descargar el suyo. Las palanquetas, moldeadas sus cabezas a golpes; seis a la vez. Vi hacer una de 18. Tendré lista de estos cíclopes y sus sueldos; los más del país a siete y medio reales de jornal; los vizcaínos, doce, dieciséis y veintidós.” (Jovellanos, 1967, p. 244)

⁸ Contrasta ello con el desdén y carácter despectivo que han dominado las últimas legislaturas y que caracteriza también a los nacionalismos históricos, tan poco cordiales con la realidad del entorno.

⁹ Compárese la similitud de tal enfoque de Jovellanos con el Ciclo PECA de Gestión de la Calidad: Planificar, Ejecutar, Controlar, Actuar. En gran parte, sus viajes e informes consisten en eso.

Y tras este modelo de rigor y eficacia donde el trabajo es organizado por la razón científica, nuestro autor es al mismo tiempo capaz de salirse de su consideración tecnocrática y anotar durante una excursión por León, en un claro ejemplo del *sequi naturam* del pensamiento clásico, las siguientes líneas:

“Gran calor; descanso a orilla de un arroyo *abundantísimo* que baja de lo alto a entrar en el río por su izquierda. Es sitio delicioso a la margen de las sonoras aguas y a la sombra de un hermoso avellano. Todo es poético; a la imaginación ayudaba, pero pasó la edad de esta especie de ilusiones. Voy a dejarlo, aunque sienta arrancarme de tan agradable ilusión. ¡Oh Naturaleza! ¡Qué desdichados son los que no pueden disfrutarte de estas augustísimas escenas, donde despliegas tan magníficamente tus bellezas y ostentas toda tu magestad!” (*Ibíd.*, p. 74)

Pero los proyectos de Jovellanos, con sus tareas y objetivos basados en un enfoque racional de coste/beneficio, no son hechos aislados. De lo contrario no se explicaría la gran labor reformadora de nuestra Ilustración. Aquellos se encuadran a su vez en el programa que había esbozado ya en 1714 Melchor de Macanaz para Felipe V y que se convierte, por decirlo con palabras actuales, en el Plan Estratégico a seguir por una minoría creadora en las Españas del XVIII con la meta de sacarla de su marasmo¹⁰. La asombrosa eficacia de Jovellanos estriba en seguir fielmente las fases y prioridades que fijaba un enfoque superior, el *Memorial de Macanaz*, avalado por los reyes hasta la debacle de la irrupción de la Revolución Francesa con Carlos IV.

Será esa racionalidad política y su sujeción a las cosas mismas¹¹, la que impedirá a Jovellanos caer en los errores que se darán, para desgracia de las Españas, en gran parte de los ilustrados franceses a los que se refiere Marías:

“Lo grave es que en esa época se inicia la *irresponsabilidad intelectual* que va a caracterizar al siglo XVIII y que desde entonces no se ha superado más que parcialmente, con frecuentes recaídas. Imagínese lo que significa la unión de los dos factores: el *poder social* y la *irresponsabilidad*. Esa convergencia explica una buena parte de la historia europea y muy pronto occidental –de los dos úl-

¹⁰ Nótense los paralelismos con los planes reformistas de la actual Administración, que precisan de una consideración estratégica política, económica y social a corto, medio y largo plazo, ante la hondura de la actual crisis.

¹¹ Precisamente lo que ha faltado sobremanera en las dos legislaturas de nuestro presente político.

timos doscientos cincuenta años–, que es un tiempo muy largo. Hay un predominio de lo negativo sobre lo positivo. No se concede el ‘beneficio de la duda’”. (Javier Marías, 1985, p. 268)

La responsabilidad de Jovellanos, expresión política de su prudencia, le llevará a renunciar a los cantos de sirena de Godoy y luego de José I, quien le tienta con su sueño dorado: una Constitución al modo británico. Y él, tan europeo y admirador de la cultura francesa, no duda, sexagenario ya de salud quebrada, en ponerse al frente de la Junta Central frente a Napoleón. Era su propia responsabilidad quien le hacía “dar respuesta” a las exigencias de la nación. Tan grande era, que sus palabras postreras, ya en agonía febril, todavía nos sobrecogen por la seriedad y preocupación honda que nos transmiten referidas a la situación de su patria, que ya era la suya:

“Mi sobrino... Junta Central... La Francia... Nación sin cabeza... ¡Desdichado de mí!”. (Ceán Bermúdez, 1820, p. 120).

EPILOGO

¿Nos extraña entonces tras este recorrido por Jovellanos, que tanto nos deja en evidencia, que se haya preterido su bicentenario reciente? ¿No se han activado acaso los más hondos e inconfesables mecanismos del resentimiento hasta el punto de decretar su no existencia en esta grave crisis que padecemos, semejante a aquella otra del Desastre del 98, y que precisa de los mejores hoy como entonces?

Y sin embargo, Jovellanos sigue estando ahí, impertérrito, a la mano en sus libros y a nuestra vista luminoso en el Prado, con su mejilla reclinada sobre su mano izquierda y la mirada llena de sentir por la patria. ¿No deberíamos acaso en estas horas ciertamente difíciles rescatarlo de la *damnatio memoriae* decretada por medio del estudio de sus obras y la presencia de su figura? Creo que eso es lo que Goya pretendía ilustrarnos, bajo la atenta mirada de Minerva, con su efigie junto a una mesa de trabajo llena de asuntos tramitados y otros todavía pendientes. Como si estos nos invitaran a una nueva generación a tomar el testigo de nuestro hombre y actuar para resolverlos *pro virtute et merito*. Sería el mejor desagravio a Jovellanos.

PALABRAS CLAVE

Jovellanos • Bicentenario • Ilustración española

RESUMEN

Ante el extraño silenciamiento oficial del pasado bicentenario de la muerte de Jovellanos, el artículo reivindica la actualidad y necesidad de la figura de nuestro estadista. Su figura nos ofrece en la actual crisis político-económica que padecemos, enseñanzas muy útiles para la vida pública, tales como la dignidad moral, la selección del mérito y la excelencia, la eficacia política y la laboriosidad en la función pública. Ante una encrucijada histórica como la que vivimos, volver a Jovellanos –también inmerso en otra gran disyuntiva histórica como fue el siglo XVIII español– nos muestra puntos de luz y de salida al alcance de nuestras manos.

ABSTRACT

After the strange official silence at the recent bicentenary of the death of Jovellanos, the article argues for the need to reinvigorate the legacy of our statesman. His figure, in the current political-economic crisis which we are suffering, offers useful lessons for public life such as: moral dignity, the selection on merit and excellence, political efficiency, and greater diligence in public duties. At the historic crossroads in which we find ourselves today, a return to Jovellanos –who was also immersed in the great historical dilemma of XVIIIth century Spain– illuminates and guides us on a way out of the crisis that is just within reach.

BIBLIOGRAFÍA

Ceán Bermúdez J. A. (1820):

Memorias para la vida del Excmo. Señor D. Gaspar Melchor de Jove Llanos, y noticias analíticas de sus obras, Imprenta que fue de Fuentenebro, Madrid.

Fernández Álvarez, M. (2001):

Jovellanos, el patriota, Espasa Calpe, Madrid.

Jovellanos, G. M. (1967) [1790-1801]:

Diarios. Selección y prólogo de Julián Marías. Alianza Editorial, Madrid.

Marías, J. (1985):

España inteligible, Alianza Editorial, Madrid.

Scheler, M. (1998):

El resentimiento en la moral, Caparrós Editores, Madrid.